

INTRODUCCIÓN

La fundación de una urbe en los tiempos antiguos -nos dice Fustel de Coulanges- era siempre un acto religioso. Era el sitio en el que tomaban asiento permanente y en asociación política los símbolos religiosos y las familias y las tribus.¹ Esta caracterización de los orígenes del fenómeno urbano parece ajustar bien a la fundación de la ciudad de México: una de las numerosas tribus nahuatlacas que emigraron del norte hacia el altiplano central en el siglo XII, guiada por su dios Huitzilopochtli, se estableció en el centro de una gran cuenca lacustre. En ese sitio se cumple la profecía de su dios y fundan en el año de 1325, **II calli**, la ciudad de México –entonces México-Tenochtitlan- y que según la tradición, a partir de ese hecho los integrantes de esa tribu se empezaron a llamar mexica.² Doscientos años después esa ciudad mexica, convertida en cabeza de un gran imperio cuyas fronteras se extendían a lo largo y ancho del amplio ámbito cultural mesoamericano delineado por Paul Kirschhoff,³ es sitiada por Hernán Cortés, que comandaba apenas unos cientos de aventureros peninsulares armados y miles de aliados indígenas. Tomada y destruida por los integrantes de esa peculiar alianza, la ciudad fue objeto de una segunda fundación el 13 de agosto de 1521.⁴

¿Qué influyó en el ánimo del capitán extremeño para decidirse a fundar la nueva ciudad sobre los escombros de la urbe indígena y convertirla así en la sede de las instituciones del gobierno colonial español? Al no dejar razón en sus escritos de esta decisión, bien puede pensarse que Cortés, con mente práctica y orillado por las circunstancias, ponderó en primer término la concentración de población indígena que presentaba la ciudad, potencial mano de obra disponible para los trabajos de reconstrucción de la nueva ciudad española. Sin embargo no es de dudar que consideró igualmente, el prestigio que tenía la antigua capital mexica, las ventajas políticas y estratégicas propias de su localización geográfica y el papel de importante centro religioso que jugaba frente a los demás pueblos indígenas.⁵ No en balde se especula que ya fundada la ciudad española, la catedral católica se emplazó en el mismo sitio que ocupaba el Templo Mayor y en donde se cumplió la imagen profética que indicó a la nación mexica el final de su peregrinación: el águila posada sobre un nopal apresando una serpiente entre sus garras.⁶

Hacia 1538 llegan noticias al obispo fray Juan de Zumárraga y al virrey Antonio de Mendoza que los numerosos basamentos piramidales que todavía quedan en pie en la ciudad, protegidos por Cortés de la destrucción, quién deseaba su conservación “para memoria”, eran usados por los indígenas para celebrar prácticas idolátricas. Temerosos ambos funcionarios de levantamientos indígenas, deciden arrasar con los basamentos piramidales y ratifican igualmente la orden dada por Cortés en 1534 de la separación de la población india con respecto a la española. Como medida adicional se lleva a cabo la traza reticular de la ciudad con el fin de delimitar, bajo la guía de Vitrubio, el espacio donde habitarían los nuevos colonos.⁷ Con estas decisiones se estaba determinando un futuro, para la ciudad, en el que la presencia permanente e inevitable de la población indígena, sus moradores originales, en los límites de esa demarcación, condicionaría de manera inexorable la construcción del perfil cultural de la metrópoli novohispana.

Mientras tanto y de forma casi paralela a estas decisiones, nace en el norte de la ciudad el culto a la virgen de Guadalupe. Se trata de un culto exclusivamente indígena e impulsado, al parecer, por los franciscanos con el fin de extirpar la adoración que los indígenas rendían a la diosa prehispánica Tonantzin, verificada en el cerro del Tepeyac, ubicado en el extremo norte de la ciudad. El ensayo de Rodrigo Martínez, “De Tepeaquilla a Tepeaca, 1528-1555”, el primero de los cuatro que aquí presentamos sobre la ciudad de México, ofrece una serie de testimonios documentales que permiten ubicar en el tiempo, y al margen de las versiones que ofrece la llamada tradición aparicionista, las primeras menciones oficiales referentes a la existencia del fenómeno guadalupano en la población de Tepeaca o Tepeaquilla.⁸ La serie documental analizada por Martínez, pone en evidencia una compleja relación político-religiosa entre indios y españoles y en la que destaca, sobre todo, el temprano avance depredador de las empresas agrícolas y ganaderas españolas en los alrededores del Tepeyac. Se infiere, por ello, la importancia que en esos años revestía el sitio en relación a la ciudad debido a la fertilidad de sus tierras. Más aun, las numerosas referencias a ese avance depredador ofrecido por la serie documental analizada en el ensayo, nos muestra una voraz deforestación de los alrededores de la ciudad, en los que se incluye Tepeaquilla, así como una constante desviación de los cauces de los ríos que alimentaban la cuenca, con el fin de suministrar del vital líquido a las obras de riego emplazadas en los pueblos ribereños. Es claro que las primeras inundaciones que sufrió la ciudad hacia 1555, las muy graves que se verificaron en el primer tercio del siglo XVII, así como las faraónicas obras de ingeniería proyectadas posteriormente con el fin de librarla de ese problema, tuvieron aquí uno de sus orígenes.⁹ De hecho el virrey Luis de Velasco “El Viejo”, se vio precisado ese mismo año a emprender las primeras obras con ese propósito, contratándose seis mil indios para los trabajos de adecuación hidráulica de la cuenca. En este pasaje el ensayo de Martínez introduce un sutil punto de inflexión que permite vislumbrar la transformación del fenómeno guadalupano, de su condición de local e indígena, a un culto multirracial y de horizontes nacionales.

Por otra parte, las obras que emprendió el virrey Velasco en 1555 dieron pie a la elaboración del famoso Mapa de Upsala. Al respecto, Martínez aporta valiosos elementos que permiten acaso precisar su autoría, así como la cronología de su factura. Amén de la utilidad que hubiese aportado en lo relativo a las obras hidráulicas de aquellos años, el contenido de esta importante carta geográfica nos permite constatar la gran actividad que se desarrollaba en aquellos años en las tierras limítrofes a la ciudad de México. ¿Cabría preguntarse si la multitud de grupos indígenas que se representa en el mapa desempeñando distintas actividades económicas –pesca, caza, cultivo- en esas tierras y aguas limítrofes, podría ser parte de la población radicada en los alrededores de la ciudad española?

Cuando los españoles se asentaron en el centro de la ciudad y expulsaron a sus alrededores a los habitantes indígenas, incurrieron en una peculiar contradicción, pues al depender de la mano de obra nativa para todos los servicios, al mismo tiempo que los apartaban se vieron precisados a mantenerlos cerca, disponibles y organizados. Como seguramente hubo muchos indios que desearan estar cerca de ese mundo español y sacar partido del mismo, se les prohibió entonces que invadiesen los límites de la traza española y se instalaran en su interior. Como es de suponer, numerosas evidencias documentales relativas a casi todo el periodo virreinal, dejan ver que esa disposición, a pesar de reiterados mandamientos, fue continuamente desobedecida por los indígenas. Civiles y religiosos

requerían cotidianamente del trabajo de los indios para atender multitud de tareas, tanto personales como colectivas y proporcionaba a éstos la justificación permanente para acceder al centro de la ciudad e incluso pernoctar en ella por días; de manera cotidiana se internaban al corazón de la misma, a través de su intrincada red de canales, miles de vendedores indígenas provenientes de los campos agrícolas que la rodeaban –como Chalco, Xochimilco, Ixtapalapa- para vender sus productos en los mercados y plazas públicas. Lo mismo hacían cientos de trabajadores (carpinteros, herreros, canteros, aguadores) provenientes de los pueblos aledaños a la metrópoli, que llegaban para incorporarse a los trabajos de construcción que, tanto en el orden público como en el privado, demandaba la urbe. Es de notar que tan temprano como el año de 1529, el propio Cortés dispuso que los pueblos de Iztapalapa, Churubusco, Mexicalzingo, Coyoacán, Tlahuac y Mixcoac, ministrasen mano de obra para los trabajos de construcción que se llevaban a cabo en la ciudad.¹⁰

En pocos años, las actividades que desempeñaban los indios en el interior de la traza urbana se convirtieron en razón de su paulatina migración a la misma. Unos, incorporándose a los distintos gremios de artesanos en donde legalmente tenían cabida (hilanderos, sombrereros, tejedores. etc.); otros en el servicio doméstico en casas y mansiones de españoles opulentos, dentro de las cuales esos criados solían formar familia e incluso recibir entenados, si acaso la riqueza y el talante del dueño lo facilitaba.

Hubo, sin embargo, otras poderosas razones para que los indígenas viesan la ciudad como una morada atractiva. Entre 1736 y 1738 una fuerte epidemia de matlazahuatl permitió descubrir accidentalmente cómo cientos de indios de los barrios habían dejado de cubrir el tributo durante mucho tiempo. El testimonio de los funcionarios de la corona es elocuente: numerosos indios huían de sus pueblos de origen para evitar el pago del tributo, refugiándose en los barrios pobres de la ciudad de México en donde encontraban seguro refugio de la persecución de los oficiales reales.¹¹ Instalados en la urbe, muchos de esos indios encontraban una cómoda forma de vida citadina en la práctica del vagabundeo y la mendicidad.¹²

Asida la ciudad de la mano de obra nativa, sus autoridades españolas sólo acertaron a aplicar las atenuantes pertinentes para mantener bajo control la migración indígena y no afectar así negativamente los intereses implicados, esto es, sin que se alterasen en lo posible el pago del tributo así como las labores agrícolas, de servicios y las comerciales. De esta forma, las pautas de la diaria convivencia entre indios, mestizos y españoles en el interior de la gran urbe estaban dadas. En los años siguientes esas pautas evolucionarán en una tendencia que permitirá a esa población limítrofe ver la ciudad con otros intereses, una nueva mirada en la que la obra en construcción o el taller de textiles seguirán siendo garante de los ingresos familiares, e incluso sus calles funcionar como buen escondrijo, pero dejan de ser la única prioridad. Hacia mediados del siglo diecisiete la ciudad ya era también un gran centro de ocio y diversión, verdaderos lujos a los que era posible acceder sin demasiado esfuerzo.

Indios, mestizos, mulatos y españoles de bajos recursos, convivían cotidianamente en las decenas de pulquerías, almuercerías, tepacherías y otros centros de disipación citadina predominantemente alcohólica.¹³ Procesiones religiosas y continuas celebraciones

del santoral católico, fueron igualmente marco adecuado para que las clases menesterosas convirtiesen esas solemnes celebraciones en grandes verbenas populares, en las que la comida, la bebida y con frecuencia el baile de sensuales desplazamientos, irrumpían como forma secular festiva paralela a los barrocos oficios religiosos; expresiones que las autoridades virreinales, civiles y religiosas, censuraban con denuedo e intentaban suprimir con relativo éxito. Se propiciaba, así, el surgimiento en el virreinato de una cultura popular urbana, que para finales del siglo dieciocho estaba prácticamente consolidada en la mayoría de sus componentes, incluidos los rituales, festivos y gastronómicos.¹⁴ La cultura barroca del gran aparato y la desproporción domina todos los espacios y todos los ámbitos.

Hacia mediados del siglo dieciocho, sin embargo, los regímenes borbones y el pensamiento ilustrado que los tutelaba, intentaron erradicar las manifestaciones públicas de cultura popular. Se suprimieron las cofradías de indios vinculadas a las distintas parroquias existentes en la ciudad -medida por medio de la cual la corona se permitía apropiarse de los recursos de esas asociaciones- bajo el argumento de considerarlas importante fuente de financiamiento de celebraciones religiosas sospechosas de fomentar prácticas idólatras y desorden público.¹⁵ El celo oficial se hizo extensivo a corrales de comedias, corridas de toros, carnavales, procesiones y otras celebraciones públicas, puntos de reunión que fueron también sometidos a severo escrutinio por parte de los oficiales borbones, y se fustigó con severas penas la ebriedad pública.¹⁶

En la expresión ritual, sin embargo, ese celo ilustrado por el orden y la asepsia social, encontró sólidos diques de resistencia popular. En casos particulares, en los que el rito religioso integraba en un solo gesto la actitud solemne con las expresiones festivas de los feligreses, esas prácticas rituales tendían a convertirse, a su vez, en ámbitos culturales de inconfundible identificación colectiva: hacia finales del siglo dieciocho, la celebración del culto a la Virgen de Guadalupe convocaba cada 12 de diciembre en su ermita del cerro del Tepeyac a la mayor concentración pública del periodo. Con el México Independiente la celebración no sólo no decayó sino tendió a reforzarse. El cura Hidalgo asoció la imagen de la Virgen de Guadalupe a la lucha independentista con tan gran acierto que apenas iniciado el México independiente, la nueva elite gobernante se apropió de su significado social, pero sin entender del todo el de los nuevos tiempos, e intentó encumbrarla a las esferas de gobierno al colocar su imagen en la cámara de diputados en 1824.

La primera gran crisis social que sacudió al virreinato, la Revolución de Independencia, motivó en la ciudad de México, entre otras cosas, una suerte de secularización de sus fiestas y celebraciones públicas. Sus habitantes, fueron protagonistas o testigos de la mudanza que los líderes de la naciente República introdujeron en las novedosas fiestas patrias. Los fastos de la corona se sustituyen por las fechas simbólicas de la gesta independentista, incluido el nuevo culto a sus héroes más destacados. Casi abruptamente se elimina de las mismas el antiguo sermón religioso y se sustituye por el nuevo discurso cívico. Ello, sin embargo, no indica necesariamente que los nuevos líderes hubiesen abandonado los seculares usos celebratorios del periodo virreinal. En el segundo ensayo de la serie que aquí presentamos “Antonio López de Santa Anna: entre la continuidad y el cambio de las ceremonias públicas oficiales en la ciudad de México” de Miguel Ángel Vásquez Meléndez, se nos deja ver la forma en la que las nuevas administraciones incorporan al antiguo formato de las fiestas públicas no solamente un

nuevo discurso, que sin dejar de ser religioso es más bien patriótico, sino arropado éste en un vistoso aire marcial, a la usanza europea del momento. De tal forma que el discurso cívico y la música militar se convierten en los nuevos componentes infaltables de las concentraciones públicas oficiales de exaltación patriótica. Y si bien, nos aclara Vázquez, ese aire marcial se observa desde los tiempos de los últimos virreyes borbones, bajo las administraciones republicanas era imposible concebir la festividad pública sin esos ingredientes. De hecho, el acentuado tono marcial que adquieren las celebraciones oficiales de la primera mitad del siglo XIX, que incluía estruendosas salvas de artillería, parece sustituir la falta de cohesión y fortaleza política de la clase gobernante. Vázquez documenta, de forma minuciosa, la manera en la que el caudillo sobresaliente de ese contexto, Antonio López de Santa Anna lleva hasta sus últimas y apoteósicas consecuencias la forma de celebración expresada y casi la convierte, además, en una patética réplica de la antigua fiesta en honor del monarca español.

En la agria disputa que encarnan en este periodo las clases dominantes por asignar rumbo político al país, la ciudad de México jugó un papel predominante. De hecho, la ciudad empezó a convertirse en botín político y económico de los distintos grupos en pugna y casi la antesala obligada para acceder al poder central. Hacia mediados del siglo diecinueve continuaba funcionando como sede del poder político y concentraba, además, una gran parte de la riqueza económica de la nación. Una tajada importante de esa riqueza urbana, tenía que ver con la propiedad inmobiliaria, la cual se agrupaba en pocas manos. Para el sector artesanal de la ciudad esta situación significaba un freno para su desarrollo económico, en tanto que la supresión del antiguo régimen gremial los puso en la obligación de pagar renta por su taller y morada, exacción que sustruía buena parte de sus ingresos y les dificultaba, en consecuencia, el acceso a espacios urbanos con atractivo comercial.¹⁷

Con el triunfo de los políticos liberales en 1857 se estableció en México un nuevo orden legal que pondría al país en la ruta de la ortodoxia económica de patente liberal, por medio de la expedición de leyes, decretos y reglamentos que modificaron viejos esquemas de relaciones sociales y económicas.¹⁸ Entre éstas destaca por su trascendencia la *Ley de desamortización de fincas rústicas y urbanas propiedad de corporaciones civiles y religiosas* de 25 de junio de 1856. Por medio de esta ley se libera el mercado inmobiliario y da pie a un reordenamiento del espacio urbano al abrir, entre otras cosas, a millares de antiguos arrendatarios de bajos recursos la posibilidad de erigirse en propietarios.¹⁹ Los opositores a la ley reaccionan y se desata la llamada Guerra de los Tres años en la que son derrotados. En respuesta a la reacción contraria a la desamortización, el régimen de Benito Juárez radicaliza su postura y expide la *Ley de nacionalización de los bienes del clero secular y regular* de 12 de julio de 1859.

La radicalización política de Juárez alimenta la vocación monárquica de breves pero poderosos grupos de industriales, terratenientes, así como las jerarquías eclesiástica y militar, radicados en su mayoría en la ciudad de México, quienes intrigan en el exterior y concretan la instauración de la monarquía en 1864. No obstante, las bases de la dinámica económica liberal están esbozadas. Paradójicamente y para sorpresa del conservadurismo nativo Maximiliano concuerda con ellas y precipita a todos en la desaparición del imperio. El retorno de Juárez y de la República al poder permite reinstalar y afianzar la nueva estructura política y económica y supervisar el despegue de la naciente infraestructura

comercial, agrícola e industrial que consolidará y vestirá al régimen de Porfirio Díaz, si bien igualmente le endosará los rezagos no atendidos.²⁰

En este escenario irrumpen con su estruendo motriz los ferrocarriles y su impacto es casi inmediato en todos los horizontes. La ciudad de México no es la excepción, al contrario es la primera beneficiaria de la introducción de este logro tecnológico que en su avance paulatino para superar valles y montañas conecta a la ciudad con las rutas geográficas nacionales y permite agilizar el transporte terrestre de personas y mercancías.²¹ El régimen de Porfirio Díaz logra acuerdos en el interior y en el exterior e ingresa a un prolongado periodo de relativa estabilidad política que genera confianza en amplios sectores sociales beneficiados por la nueva situación, sectores que pretenden cosmopolitismo y adoptan formas de vida tomadas de modelos europeos y estadounidenses. Los deportes se cuentan entre las nuevas influencias; canchas y campos de cricket, béisbol, ciclismo, frontón y golf surgen por distintos rumbos de la ciudad; gimnasios de boxeo, canales para regatas, salones de patinaje y hasta un hipódromo para las carreras de caballos hacen las delicias de la floreciente burguesía nacional.²² La moda francesa en la ropa, la gastronomía y en la arquitectura domina en los gustos. Hacia 1890, la ciudad de México cuenta ya con más de 300,000 habitantes y se ufana de ser el centro dominante de esa tendencia que irradia hacia todo el país; las calles de San Francisco y Plateros lucen en los escaparates de las modernas tiendas y almacenes de ropa, la última moda parisina; la cocina francesa se consume con distinción y elegancia en los restaurantes de la *Concordia*, en la 2ª calle de Plateros, en el *Daumont* y *Recamier*, ubicado en la calle de Coliseo Viejo, y en el *Maison Dorée*, en la 1ª de San Francisco.²³ En el plano arquitectónico, el primer impulso hacia la adopción de lo francés lo había dado el emperador Maximiliano al proyectar en 1864 la calzada del emperador, hoy Paseo de la Reforma, pero lo consolida Díaz y le inyecta un nuevo impulso en 1899 al aprobar que dicho paseo se dividiese transversalmente en tres, con jardines a los lados “como en el bosque de Boulogne en París.”²⁴ Los desarrollos urbanos de influencia parisina no tardaron en aparecer: la colonia Juárez en 1890 y la colonia Roma, la más ambiciosa y lograda, en 1903.

En este lapso de arrobamiento, es cuando en las provincias muchos de los desplazados de la tierra por las leyes de desamortización, hombres y mujeres, toman el tren y emigran a la ciudad de México en busca de mejores oportunidades de vida. Cegado por el brillo de la ciudad, el presidente Díaz frunce el ceño y aprieta las narices ante el paso de la marea migrante que invade sus cosmopolitas espacios urbanos, así que en 1889 exige que los indios que ingresan a la ciudad sustituyan el tradicional sombrero de palma por uno de fieltro y vistan pantalones en lugar de los tradicionales calzones de manta.²⁵ Como los indios migrantes del periodo colonial, los del porfirismo que arriban a la ciudad de México también se refugian en los barrios pobres que anida la metrópoli en sus alrededores. Uno de estos, la famosa Candelaria de los Patos, horroriza a Ignacio Manuel Altamirano por su extrema pobreza y lo describe en una breve crónica que le dedica en 1869.²⁶ Instalados en la ciudad, con o sin sombrero de fieltro, numerosos de esos migrantes se incorporan como operarios de la pujante industria textil, de la papelería y otras actividades, incluidas las eternas de la servidumbre y los servicios. Otros traen a cuestas los sabores y los ingredientes gastronómicos de sus pueblos de origen y con ellos montan en las calles puestos de vendimias en los que ofrecen al consumidor platillos en los que se anuncia la paulatina gestación de la cocina nacional.²⁷ Abarrotan cotidianamente las centenas de

pulquerías y cantinas localizadas en cada cuadra de la ciudad y se las arreglan para hacer de la solemne celebración del santoral religioso un alegre fandango callejero. La celebración de la Virgen de Guadalupe se perfila como la más importante del calendario al registrar el 12 de diciembre de 1889 a casi 200,000 almas que acuden a su ermita del Tepeyac a rendirle pleitesía.²⁸

El proceso de industrialización que acompaña al porfiriato, proletariza al antiguo artesanado de la ciudad de México y genera en ese sector nuevas formas de identidad y organización política, que se expresan en el surgimiento de sociedades mutualistas. En 1872 se integra la organización Círculo de Obreros y su éxito es tal que dos años después ya cuenta con 8,000 asociados provenientes del sector textil.²⁹ Cuando en 1877 llegan a México las noticias acerca de la huelga de los obreros ferroviarios en los Estados Unidos, la organización obrera metropolitana vislumbra posibilidades paralelas. En este proceso, la prensa liberal juega un papel destacado; Filomeno Mata, entre otros, fustiga al régimen con sus críticas desde *El Diario del Hogar* (1881-1912), llamando la atención de sus lectores con temas como el depredador nepotismo imperante y las abismales diferencias económicas evidentes en el seno de la sociedad.³⁰ Mata, más que nada, prepara el terreno para el advenimiento en 1893 de una prensa más crítica que tiene que afrontar la represión del gobierno de Díaz.³¹ Se trata, además, de una prensa radical que se hace eco de las doctrinas anarcosindicalistas que mueven a miles de obreros en Europa a exigir mejoras económicas. En este proceso de recepción de ideas destaca Ricardo Flores Magón, quien se une en aquel año a los trabajos del periódico de oposición *El Demócrata*. El descontento social se extiende y se combina en 1900 con una caída significativa de los salarios que se prolonga hasta 1910. En contraste, por las calles de la ciudad de México ya circulan en 1906 más de ochocientos automóviles.³² Las huelgas se suceden y son reprimidas con dureza cada vez más extrema.³³

En ese lapso, el reducido grupo de políticos que rodea a Díaz, los llamados “científicos”, intenta hacerse del control político total de las regiones y desencadena amplios frentes de disputa con hacendados y terratenientes poderosos de varios estados. Estos, liderados por Francisco I. Madero, crean un frente opositor con el fin de derrotar al presidente Díaz en las elecciones de 1910.

La intolerancia oficial y el fraude electoral abren las puertas a la confrontación bélica. Pascual Orozco y Pancho Villa desatan el movimiento popular en las montañas de Chihuahua y toman Ciudad Juárez; a escasos días Madero encabeza la insurrección y poco después pacta con los científicos la dimisión de Díaz, el desarme de los sublevados -que incluía a los anarquistas-magonistas que se habían levantado en Baja California- y la organización de nuevas elecciones. En este nuevo trance definitorio, la ciudad de México y sus habitantes vuelven a ser testigos privilegiados de los acontecimientos: observan el arribo de Madero a la presidencia y los ecos del recrudecimiento y las reacciones de descontento de distintos sectores por las medidas que adopta.

Este es también el escenario que tiene como fondo el cuarto ensayo de la presente serie titulado “El Primero de Mayo en la ciudad de México en los tiempos de la Revolución” de Anna Ribera Carbó. La primera ocasión en la que este acontecimiento fue celebrado en la ciudad de México (1913) parecería estar en discordancia con la gravedad de

los acontecimientos que embargaban a sus habitantes en esos días, sin embargo, el ensayo de Anna nos recuerda que sus orígenes están estrechamente asociados a una larga tradición de resistencia obrera que en la ciudad había estado alimentada por lo menos desde los años setenta del siglo diecinueve, por la labor organizacional y proselitista que desplegaron las sociedades mutualistas a favor de sus obreros agremiados. Por otra parte, las ideas anarquistas afanosamente divulgadas por los hermanos Flores Magón en su periódico *Regeneración*, habían logrado penetrar segmentos más amplios de la clase obrera urbana y estaban presentes en el seno de las nuevas y poderosas organizaciones sindicales surgidas en los últimos años del porfirismo: la Unión Mexicana de Mecánicos (UMM, fundada en 1900), la Alianza de Ferrocarriles Mexicana (AFM, 1907), La Sociedad Mutualista de Despachadores y Telegrafistas (SMDT, 1909) “y la más poderosa de todas, la Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros (UCMGF, 1910)”,³⁴ pero sobre todo habían dado pie para la fundación de la Casa del Obrero (1912). Es así que el ensayo de Anna Ribera, incide igualmente en el reconocimiento que en los últimos años se viene haciendo en el campo de la investigación académica al importante papel que las ideas libertarias y anarco-indicalistas jugaron en el curso que tomaron los acontecimientos revolucionarios, reconocimiento que se puede hacer extensivo a la influencia que tuvo su línea de pensamiento y acción en la posterior conformación del corpus legal de 1917.³⁵

Además, ese año de 1913 inaugura a la ciudad en el drama de violencia y derramamiento de sangre que ya asola a varias regiones del país. La muerte del general Bernardo Reyes frente a Palacio Nacional, el asalto al poder por parte de Victoriano Huerta y los subsecuentes asesinatos de Gustavo y Francisco I Madero, cimbran a la población capitalina y le hacen ver que la ciudad ha dejado de ser simple espectadora de la marea revolucionaria que recorre el país. Entre este año y la campaña a la presidencia de José Vasconcelos (1928-1929), en forma intermitente las calles de la ciudad se vieron sembradas de cadáveres. Con todo, las muertes constantes no fueron el único problema que traumatizaron la vida de los capitalinos. En forma particular, la entrada y salida de la ciudad de las tropas comandadas respectivamente por los generales Francisco Villa, Emiliano Zapata y Venustiano Carranza entre los años de 1914 y 1915 y el constante cambio de moneda circulante impuesto por cada uno de ellos en su momento, motiva un alza inmoderada en los precios de los artículos de primera necesidad, sumiendo a sus moradores en una constante zozobra económica.³⁶ Los historiadores del periodo no se han detenido todavía lo suficiente en analizar con detalle y sobre todo en términos sectoriales, el impacto que tuvo este estado de cosas en el ánimo del conjunto urbano. Una ciudad asediada constantemente por vientos de guerra supondría desatender la vida cultural por las más urgentes actividades relacionadas con el aseguramiento de los satisfactores básicos. La ciudad de México se inclinó por la paradoja.

En el cuarto y último ensayo de la presente serie, “Pasiones urbanas a la orden. (La ciudad de México y la cultura 1900-1950)”, Carlos Monsiváis nos encamina hacia el conocimiento y la comprensión de la vitalidad que, a contracorriente, mostró la vida cultural de la ciudad de México en los días álgidos de la confrontación revolucionaria. Se trata de un impulso cultural que evidentemente no nace en ese periodo, sino que forma parte del cauce que la sensibilidad liberal, alimentada por el horizonte ordenador que le agregó el pensamiento positivista, abrió en las tres últimas décadas del siglo diecinueve y concentró en la urbe. En este impulso -destaca Monsiváis- el ánimo renovador de la

literatura y las artes nacionales se vio obligado, por la dinámica de la Revolución, a someter a un proceso de revisión y crítica permanente el tratamiento de sus preocupaciones estéticas y sociales. Ciertamente la fundación del Ateneo de la Juventud es la expresión paradigmática de ese ánimo de renovación, si bien, en forma paralela y desde la trinchera burocrática se observan otros intentos por crear aquellas instituciones que permitan reunir y reconocer los componentes materiales de la nación y valorarlos en el horizonte histórico. La creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), por ejemplo, sería incomprensible sin el trabajo antecedente que desde su gabinete del Museo Nacional y como miembro del Ateneo dejó hecho Genaro García (1867-1920).

Para gloria capitalina pero para desamparo nacional, la ciudad de México se perpetúa en este periodo como el centro de todo. En el eje de su vida cultural domina la sana noción de “la cultura como deber placentero” pero al paso de las décadas por venir, y contundentemente en los días que transcurren, se trastocaría en la “cultura como espectáculo.”

En suma, los cuatro ensayos que aquí se reúnen aportan nuevos elementos para la construcción histórica de la ciudad de México. Abarcan un extenso arco temporal que va de 1528 a 1950, en un heterogéneo abanico temático que decanta en una historia cultural de variada y sugerente narrativa.

Arturo Soberón Mora
DEH-Instituto Nacional de Antropología e Historia

Citas y Notas

¹ Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma*, 3ª. Ed., est. prelim. de Daniel Moreno, México, Porrúa, 1978, cap. IV.

² Luis Castillo Ledón, *La fundación de la ciudad de México 1325-1925*, México, Editorial Cultura, 1925, cap. III.

³ “Mesoamérica” de Paul Kirchhoff se publicó originalmente en el año de 1943, remitimos al lector interesado a una edición reciente publicada en *Dimensión Antropológica*, (7) 19, may-ago., 2000, pp. 15-32.

⁴ Jesús Galindo y Villa, *Historia sumaria de la ciudad de México*, México, Editorial Cultura, 1925, pp. 91-104.

⁵ Guillermo Porras Muñoz, *El gobierno de la ciudad de México en el siglo XVI*, México, UNAM, 1982. José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, México, UNAM-F.C.E., 1990.

⁶ Jesús Galindo y Villa, *Historia sumaria...*, pp. 45-53.

⁷ En la aplicación del concepto de traza reticular para la ciudad de México y para la mayoría de las ciudades españolas fundadas en América, Woodrow Borah señala que los españoles tuvieron como referente la obra de Vitrubio, a la cual tuvieron acceso por medio de Santo Tomás, y no la de los autores renacentistas, toda vez que éstos proponían una traza concéntrica. “La influencia cultural europea en la creación de los centros urbanos hispanoamericanos.”, en Borah, Calnek, Davies y otros, *Ensayos sobre el desarrollo urbano de México*, México, SEP, 1974. También, Guillermo Tovar de Teresa, *La ciudad de México y la utopía en el siglo XVI*, México, Seguros de México, S.A., 1987, cap. VII.

⁸ Otros testimonios al respecto en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, México, F.C.E., 1982. Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos. Un estudio sobre las fuentes de información temprana en torno a las mariofanías en el Tepeyac*, México, F.C.E.-El Colegio Mexiquense, 1993.

⁹ Para las primeras grandes inundaciones que sufrió la ciudad de México, sigue siendo consulta obligada Richard Everett Boyer, *La gran inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638)*, México, SEP, 1975. Para las obras de desagüe, Jorge Gurría Lacroix, *El desagüe de México durante la época*

novohispana, México, UNAM, 1978 y Ernesto Lemoine Villicaña, *El desajuste del Valle de México durante la época independiente*, México, UNAM, 1978.

¹⁰ George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, F.C.E., 1983, p. 140 y nota 18.

¹¹ Fabián de Fonseca y Carlos de Urrutia, *Historia General de la Real Hacienda*, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1853, vol. 1, pp. 447.

¹² Norman F. Martín, *Los vagabundos en la Nueva España, siglo XVI*, México, JUS, 1957, cap. IV

¹³ Arturo Soberón Mora, “Elíxir milenar: el pulque” en *Beber de tierra generosa. Historia de las bebidas alcohólicas en México*, México, FISAC, 1998, pp. 26-49.

¹⁴ Miguel Ángel Vásquez, *Fiesta y teatro en la ciudad de México (1750-1910). Dos ensayos*, México, CONACULTA-CENIDIT, 2003. Janet Long (coordinación), *Conquista y comida. Consecuencias del encuentro de dos mundos*, México, UNAM, 2003.

¹⁵ F. J. Broocks, *Parish and cofradía in eighteenth century México*, Princeton University, Doctor of Philosophy, 1976.

¹⁶ Juan Pedro Viqueira Albán, *¿Relajados o repimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, F.C.E., 1987, cap. III.

¹⁷ Adriana López Monjardín, “El artesanado urbano a mediados del siglo XIX”, en Sonia Lombardo y otros, *Organización de la producción y relaciones de trabajo en el siglo XIX en México*, México, INAH, 1979.

¹⁸ Enrique Ayala Alonso, “La ciudad, la casa y la reforma liberal” en María Dolores Morales y Rafael Mas (coordinadores), *Continuidades y rupturas urbanas en los siglos XVIII y XIX. Un ensayo comparativo entre México y España*, México, Consejo del centro histórico de la ciudad de México, 2000.

¹⁹ Luis G. Labastida, *Colección de leyes, decretos, reglamentos, circulares, órdenes y acuerdos relativos a la desamortización de los bienes de corporaciones civiles y religiosas*, México, Tipografía de la Oficina Impresora de Estampillas, 1893.

²⁰ John H. Coatsworth, *Los orígenes del atraso. Nueve ensayos de historia económica de México en los siglos XVIII y XIX*, México, 1990.

²¹ John H. Coatsworth, *El impacto económico de los ferrocarriles en el porfiriato*, México, Ediciones ERA, 1984.

²² William Beezley, “El estilo porfiriano: deportes y diversiones de fin de siglo” en *Historia mexicana*, 130(40), oct-dic, 1983, pp. 265-281.

²³ Véase, *Guía General Descriptiva de la República Mexicana*, México-Barcelona, R. de S. N. Araluce, editor, 1899.

²⁴ Israel Katzman, *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, UNAM, 1973, pp. 30.

²⁵ William Beezley, “El estilo porfiriano...”, pp. 276.

²⁶ Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas, VII Crónicas I*, edición, pról. y notas de Carlos Monsiváis, México, SEP, 1987, pp.453-461.

²⁷ Jeffrey Pilcher, “¡Tacos, Joven! Cosmopolitismo proletario y la cocina nacional mexicana”, en *Dimensión Antropológica*, año 13 (37), may-ago, 2006, (en prensa).

²⁸ Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México, El porfiriato, la vida social* por Moisés González Navarro, México, Editorial Hermes, 1985, pp. 465. En los últimos dos años la ermita es visitada por más de siete millones de fieles.

²⁹ Indiscutiblemente es el historiador Luis Chávez Orozco el primero en documentar sistemáticamente este proceso, véase su trabajo *Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación*, México, Ediciones Botas, 1938.

³⁰ Nora Pérez- Rayón Elizundia, “La crítica política liberal a fines del siglo XIX. *El Diario del Hogar*”, en Claudia Agostoni y Elisa Speckman (editoras), *Modernidad, tradición y alteridad. La ciudad de México en el cambio del siglo XIX*, México, UNAM, 2001, pp. 115-142.

³¹ François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, trad. Sergio Fernández Bravo, México, F.C.E., 1988, (2 vols.) vol. II.

³² *El Imparcial*, miércoles 1º de agosto de 1906.

³³ Friedrich Katz, “México: la restauración de la República y el Porfiriato”, en Leslie Bethell, *Historia de América Latina 9. México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, Barcelona, Editorial Crítica, 1992.

³⁴ Idem, pp. 86-87.

³⁵ Roberto Sandoval, *Revolución Campesina e Internacionales en México 1910-1930*. AIT anarquista y Tercera Internacional Comunista. Tesis de doctorado en historia, Universidad degli studi di Pisa, Italia, 2004

³⁶ *El Demócrata. Diario constitucionalista*, martes 13 de octubre de 1914.